

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

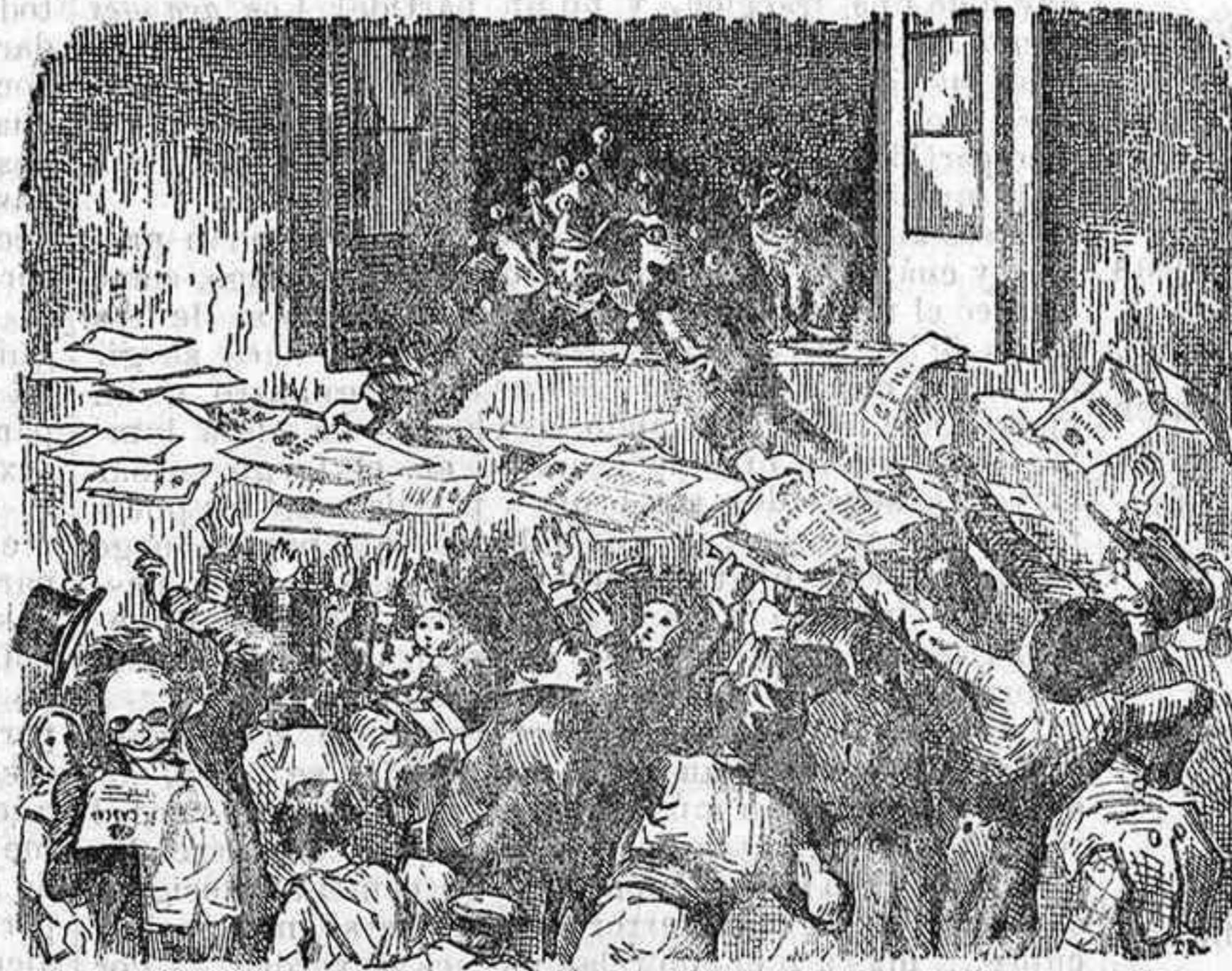
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARA.

ADVERTENCIA.

El Jueves próximo 15 del corriente, día del SS. Corpus Christi, se publicará el núm. 106 de EL CASCABEL.

REVISTA SEMANAL.

Llamamos la atención de todos los médicos habidos y por haber, desde el home-ó-pata marqués de Nuñez, hasta el a-ló-pata, comisario de mataderos públicos señor Mendez Alvaro, sobre el estado de la salud pública....

Mucho es que la Facultad no ha advertido la existencia de la enfermedad que hace algún tiempo aflige á España, bastante afligida con estos Gobiernos, á cual peor, que están acabando con su paciencia, y con algo más.

La enfermedad que hemos descubierto y hoy declaramos en interés de la humanidad doliente, escoge sus víctimas entre los ministros....

El primer caso fué el señor Llorente, que se puso tan malo que tuvo que dimitir su cargo.

El segundo caso fué el señor Barzanallana, que si no se retira á descansar,—y hay quien dice que no se retiró, sino que lo retiraron,—Dios sabe lo que le hubiera sucedido.

El tercer caso ha sido el señor Benavides, ministro de Estado, que también deja la cartera para cuidarse.

Añadan VV. á estos casos el amago que sufrió el señor Seijas á consecuencia de una indigestion de harinas, y los que ha sufrido el señor Castro, llamado por nosotros *El Dante* á consecuencia del trabajo digno de Hércules, que le ocasiona su afán de armonizar la *poesía* del Dante con la prosa ruin de los billetes hipotecarios, y de los treses, y de los cuponcillos, y de todo ese baturrillo de la Hacienda, que no hay quien lo entienda.

Esto es grave; los ministros se ponen malos.... Cuando ellos, tan bien cuidados, tan satisfechos, tan tranquilos, tan bien pagados, se ponen malos, ¿cómo nos pondremos nosotros?... Por cierto que el caso es serio.

Pedimos que una comision de médicos reconozca al ministerio, disponga fumigaciones en el gabinete y redacte una memoria, en la que se exprese el origen de la enfermedad y determine los medios más adecuados para combatirla.

El señor Gonzalez Brabo se ha librado hasta ahora de un ataque; pero si le da el ataque, si se pone malo como sus compañeros, ¿qué va á ser de nosotros? ¿dónde vamos á buscar un ministro de su temple?... ¿quién nos salvará en otra noche como la del 10 de Abril? ¿quién pon-

drá á raya á la prensa?... ¿quién sostendrá el periódico *Los Tiempos*? ¿quién acompañará al general Narvaez en su peregrinacion, con *conchas* y todo, por el camino del poder?...

Y no diga alguno que nosotros nos burlamos de los enfermos; todo ménos eso.

Lo que se ha de decir es que creemos poco en las enfermedades de los ministros que hacen dimision por el mal estado de su salud.

Por falta de salud salió el señor Llorente del ministerio, y al otro dia estaba paseándose tan gordo y tan sano.

Por no tener salud,—ó dinero, que es por desdicha otra salud,—salió el señor Barzanallana, y al dia siguiente estaba en el Congreso dispuesto á hablar por los codos.

Ahora dimite el señor Benavides por falta de salud también.

Y segun la cara que pone el señor Seijas, pronto va á decir también:—«¡Vuelvo!»

¿Será que la atmósfera que se respira en el gabinete es perjudicial á los ministros?...

Porque la verdad es que los dimisionarios, en cuanto salen del gabinete se ponen buenos.

Algo de eso debe haber, porque lo cierto es que hasta los que no somos ministros estamos malos, por muy lejos que estemos del gabinete.

Un periódico dice que se están formando listas de sospechosos. Pues que encabecen las listas con el gabinete.

La verdad es que nueve ministros en un gabinete no pueden respirar muy á sus anchas.

La atmósfera tiene que ser muy pesada....

Si el señor Benavides está enfermo de veras, deseamos su restablecimiento, que no queremos para nadie, ni para un ministro del gabinete Brabo, la falta de ese don que no se estima bastante hasta que se pierde, y que se llama la *salud*.

Si está *malo* políticamente hablando, le felicitamos por haber salido del gabinete.

Así pudiéramos nosotros *salir* del gabinete, Pero vamos á hacer la *Revista semanal* y dejemos en paz al gabinete.

Ya saben VV. que hay dinero.

Ahí lo tienen VV.

¡3—3—3—3—3—3—3—3—3—3! y todos los treses que VV. quieran,—ó no quieran, que no por eso dejará de haberlos.

Ahora sí que se puede decir:—«¡En tres!» En todas partes vemos pintados *treses* desde el día de la subasta.

Vemos el tres de espadas, el tres de bastos, y hasta el de copas.

El que va á salir es el tres de oros.

Nosotros no hemos podido tomar parte en la subasta por tres razones: la primera porque no tenemos tres cuartos; la segunda porque si los tuviéramos los guardaríamos bajo tres llaves; y la tercera porque el tres es número fatal.

Tres fueron las hijas de Elena.

Tres los hijos del gabinete que se han puesto malos.

Tres Araña, Concha y Cortés.

Y no queremos citar más treses.

Lo cierto es que el Gobierno va á tener dinero. Dios se lo aumente y le dé salud para gastarlo; pero díganos el Gobierno:

¿Va á acabar el estado de penuria y la paralización en que se hallan el comercio y la industria?...

¿Va á aliviar al pobre de las enormes contribuciones que se le exigen?

¿Va á quedar desahogado el Tesoro y á mejorarse el estado de la Hacienda?...

¿Va pagarse corrientemente al clero y á los maestros de escuela de los pueblos?...

¿Va á disminuirse todo lo que se puede, con una buena ley de empleados, la dotacion de las clases pasivas?

¿Va á tener trabajo constante el jornalero, que si no trabaja no come?—lo contrario que los altos empleados.

¿Van á tener verdadera protección la industria, las artes y la agricultura?...

¿Va á renacer la tranquilidad?...

¿Van á cambiarse por dinero contante y fácilmente los billetes del Banco de España?...

¿Va á ser el Gobierno ménos soberbio, más prudente, ménos terco, más liberal?—aunque ya lo es bastante con sus amigos....

Porque si no, señores ministros, eso de los treses será una nueva calamidad sobre las que venimos sufriendo, gracias á Vuceleacias y á otros tan excelentes como Vuceleacias.

Los treses serán pan para hoy y hambre para mañana.

Distingo: serán pan para hoy para los feligreses del presupuesto, y hambre para hoy y mañana y pasado mañana para los que no hacemos más que pagar el pato, sin comer de esta sabrosa ave en toda nuestra vida.

Conque ¡mucho ojo! señores ministros. Cervantes dijo que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras.

Quebrados estamos todos y partidos por el espinazo; lleno de grietas el Tesoro, y la gran caldera de la Hacienda se sale por todas partes; vamos á ver cómo saben Vuceleacias soldar todo esto.

Creemos que por si acaso no es fácil la soldadura, lo mejor que podían hacer Vuceleacias era ponerse malos como sus dos compañeros mártires Llorente y Barzanallana, y como su compañero confesor Benavides, y dimitir sus cargos.

Y eso, no porque deseamos que venga don Fulano á hacernos gobernadores, diputados, ni siquiera Directores de Beneficencia y Sanidad, sino porque nos hace falta un Gobierno que nos arregle bien la casa, tanto, que si tuviéramos posibles ya hubiésemos admitido un ama de gobier-

no, para no estar sin este principal elemento de a vida pública y de la vida privada.

Pero el Gobierno no se conoce, y cree buena- mente que lo está haciendo á las mil maravillas.

Verdad es que Cervantes dijo que conocerse á sí mismo es el más difícil conocimiento que puede imaginarse; y el Gobierno, esto ya no lo dijo aquel grande hombre, no acomete las cosas difíciles.

Esta semana hemos leído el triste relato de otro horrible crimen. Un hombre y una mujer han sido asesinados por un desdichado, que ha manchado con su crimen el honrosísimo uniforme del ejército español.

El asesino huyó, espantado de su crimen, perseguido en las tinieblas de la noche por las implacables sombras de sus víctimas.

Compadezcámosle y pidamos para él la misericordia del cielo, ya que no podrá alcanzar la del mundo.

Parece que ese infeliz tiene madre. ¡Pobre madre! ¡qué pena tan horrible tendrá por no haber muerto antes que su hijo pudiera cometer un crimen! ¡Qué largos le parecerán ya los días de dolor que viva en este mundo!

Cuando oímos referir estos delitos, que nos avergüenzan y nos desalientan, volvemos instintivamente los ojos al Gobierno y á los legisladores, que pueden, si no evitarlos, disminuir considerablemente su número educando al pueblo, pagando, no bien, sino pródigamente, á quien le eduque, premiando á quien se dedique á combatir los malos instintos con que nacen algunas criaturas, y á infundir en todas las almas el precepto que Dios nos impuso para hacernos felices durante nuestro paso por el mundo, el amor al prójimo.... volvemos los ojos, y vemos la ambición, la soberbia, el excepticismo, la hipocresía, el deseo de medrar, el egoísmo, y la envidia y el odio y todas las pasiones, que no porque se llamen pasiones políticas, dejan de ser repugnantes y vergonzosas.

Nos hemos formalizado mucho, y no queremos acabar de entristecer á los lectores de EL CASCABEL, que ya tendrán bastante tristeza con la que da el Gobierno á los que no hacen otra cosa que ver, oír.... y callar.

EL CONGRESO POR DENTRO.

Cartas de un diputado á un su amigo de provincia.

CUARTA CARTA.

Pesimista me llamas, queridísimo Pepe, ¡pesimista te parezco por lo que te escribo en mis cartas anteriores! Razon tendrías, si no me conocieras y solo por algunas de mis palabras me juzgarás; pero si me conoces á fondo, si sabes la persuasión que tengo de los altos destinos del hombre, y la certeza con que espero su mejoramiento, y la fe profunda con que creo en la incesante y benéfica acción de la Providencia en el mundo; si todo eso de mi sabes, mal haces llamándome pesimista, solo porque un momento, en la confianza del secreto epistolar, mezcló á la miel de mi ordinario modo de sentir, un poco de hiel, para describirte con alguna amargura de estilo que correspondiera á la noble amargura de mi sentimiento, los vicios de que adolece una de las mejores humanas instituciones; pero que al fin, aun siendo tan buena, defectuosa es por ser humana.

El hombre es imperfecto; su inteligencia es limitada; no posee completa la verdad, y aun la parte de verdad que posee no siempre aparece á todos con igual claridad y evidencia. De aquí la diversidad de opiniones en lo abstracto; diversidad que es aun mayor en lo concreto, porque intervienen en ella las pasiones con sus prismas engañosos, con sus vidrios de aumento y de disminución.

Cuanto más intervención tienen en un asunto las pasiones, tanto más tarda la verdad abstracta en descender á las regiones del uso. Cada interés hace un sofisma, y como cada interés es una pasión, y cada sofisma es la defensa de un error, resulta que cada pasión se ampara de un error. ¡Triste entonces de aquel hombre que por su fortuna ve un poco más claro! ¡Triste de aquel espíritu que, libre del peso agobiador de vulgares intereses, flota en la atmósfera pura de la verdad, y desde allí sondea con su mirada las retorcidas calles del laberinto de errores, fabricado por las pasiones, en que los hombres andan extraviados!

¡Utopista! le llaman unos, ¡presuntuoso! le motejan otros, ¡desatinado! ¡le compadecen todos! cuando levanta trémulo su voz, invocando la verdad, señalando con el dedo la especiosa mentira, enseñando que la verdadera teoría es la madre legítima de la práctica racional; que la práctica refrendada con la verdadera ciencia es misera rutina; como son delirios las hipótesis de esas cabezas enfermas, que para crear sistemas prescindan de la invariable naturaleza del hombre.

Hombres somos los que componemos los Parlamentos: lleno de fuego de pasiones traemos el corazón. Cada pasión levanta una humareda que nubla la estrella de una verdad; cada pasión codicia un objeto; y á pretenderlo se autoriza con artificioso razonamiento, y queda muy tranquila cuando ha encontrado un ejemplo que aplicarse, ó un ingenioso sofisma de que guarecerse.

Cuando muchos tienen un interés común, cosa que acontece siempre, forman una *fracción*. (Repara bien que digo una fracción, y no un partido) Los grandes partidos suelen tener por móvil y lazo de misiva á una idea: las *fracciones* ni más móvil ni más lazo que el interés. Hoy en las regiones del poder luchan fracciones y no partidos, cosa que contribuye más que otra alguna al de quiciamiento general.

Pero aun así y todo, ¡cuán grande es Dios, cuán pródigo y cuán sabio! Aun así y todo, querido amigo, como El creó el mundo con ley benigna de armonía, de esa lucha de intereses, de errores y pasiones hace surgir la verdad, como del rudo choque de un guijarro y un hierro hace saltar brillando las chispas de clara lumbré. Ni el hierro ni el pedernal tienen el fuego en sus entrañas; separados, son bruta y pesada materia; puestos en violento roce, producen la luz, que prende luego do quier que encuentra preparada yesca, quedando después sin embargo el hierro frío hierro, el pedernal pedernal inerte e informe, instrumentos de la luz sin ser la luz ni participante de la luz que producen.

Así en violento encuentro chocan entre sí pasiones y errores en los Parlamentos; la discusión se taba, los errores se arrancan mutuamente los velos, la verdad relumbra clara.... y prende en los espíritus imparciales que por acaso allí encuentran. El combate prosigue; cuanto más pugna un error por embosarse, más se descubre.... más á menudo relampaguea la verdad.... Por último, la cuestión de razón y de verdad.... se decide.... ¡Santo cielo! ¡qué prueba tan palmaria y tan terrible de la pequeñez y la miseria humana!... La cuestión de razón y de verdad se decide por una simple cuenta de aritmética.... ¡SE VOTA! Ciento y uno dicen que sí; noventa y nueve dicen que no. — Sí.... es la verdad.

Si el hombre se corrigiera algo en esto, que no se corregirá.... ¿no te parece que se asombraría después de haber tenido que recurrir á este medio para resolver las luchas de su inteligencia?

Y no hay otro medio, sin embargo; porque nadie convence á nadie, ni por nadie se deja convencer, y ello es que de algun modo se ha de llegar á una resolución.

En el estado presente de las cosas, puede, sin embargo, darse una explicación de este fenómeno. Cuando se vota que sí, ó se vota que no, no se vota que una cosa es verdad ó es mentira; se vota que se quiere una cosa, sea mentira ó sea verdad; ó que no se quiere, sea verdad ó sea mentira. — Es decir, se vota lo que se llama la *conveniencia*; no se vota lo que es la *justicia*.

Pero eso no impide el triunfo continuo y constante de la verdad. — Así, si luchan en la discusión dos errores, los dos quedan tan malparados, con las caretas rotas, asomando los feos rostros, por más que las recompongan, que todos los contendientes quedan persuadidos del error ageno; muchos tambien del error propio; pero estos callan por interés propio tambien, y si acaso se escurren un poco, es para decir que en sostener aquello, sea lo que quiera, está interesado el partido.

Si la lucha se trababa entre una verdad y un error, el mal es siempre para este. Sucede como si se frotan fuertemente uno contra otro un trozo de alquimia y una pepita de oro; ésta, cuanto más fuerte el frote, más brillo tiene; aquella á los primeros restregones deja ver el cobre debajo del falso dorado.

Así de esta manera siempre triunfa la verdad, aunque *numéricamente* resulta vencida; así queda siempre vencido el error, aunque *numéricamente* resulte triunfante. En vano empuña el cetro del interés, tiene la cara tiznada y aun así se le ve la frente ruborosa.

Y un día y otro y otro repitiéndose estas luchas, ensalzando de continuo la verdad incansable á los errores encastillados, al fin los derroca y destruye, como á los duros peñascos carcome y derriba la acción de las blandas aguas, á pesar de que á la firme resistencia de aquellos no pueden estas oponer más poder que el de su infatigable perseverancia.

Y de ese modo han llegado á ser verdades vulgares, patrimonio rico de la humanidad, tantas y tantas ideas ferozmente combatidas en su aparición, cuyo catálogo sería larguísimo si yo hubiera de enumerártelas ahora. De esa manera va subiendo insensiblemente el nivel del bien, de esa manera se van dulcificando las costumbres, de esa manera, en una palabra, se van civilizando las sociedades, resultando al cabo de siglos, que sin haberse visto nunca perceptiblemente la mudanza, los feroces sajonos se convierten en los cultos ingleses, y los fieros conquistadores que seguían á Alarico y á Ataulfo más ó menos mezclados con las reliquias de sangre romana y con los salvajes de Arabia y de Mauritania, se truecan bajo el cielo de la península española en los laboriosos asturianos ó en los gallardos andaluces.

El siglo XIX, querido amigo mio, tiene una gloria que lo asemeja á cierto siglo de los tiempos medios; hierven en él en trabajos elaboración grandes verdades sociales que serán la utilísima herencia que nosotros legaremos á nuestros segundos nietos, verdades trastornadoras de mil entronizadas miserias, verdades que ven con temblor los espíritus apocados, verdades que saludan con lágrimas de nobilísimo regocijo aquellos espíritus á quienes el cielo concede la gracia singular de anteponerse unos días á la vida de la humanidad.

Tate... tate.... me interrumpo yo ahora á mí mismo.... ¡Santo Dios!... y qué alto me he subido. Siento así un calor como si se me derritieran las alas, si no de presunción, al menos de insensato buen deseo con que yo me remontaba, y veo debajo de mí, abierto para tragarme, el terrible abismo de mi pequeñez y de mi ignorancia. — Me vuelvo, pues, á toda prisa á la tierra, en donde soy siempre tuyo, cordial amigo,

GREGORIO.

CARICATURAS SOCIALES.

EL CHARLATAN.

I.

Conozco á cierto sugeto que se dice amigo mio, aunque yo no le llamo tal, que es para mí lo que se llama una verdadera calamidad.

Es uno de esos que pudiéramos llamar hombres *gacetas*, que todo lo preguntan, que todo lo saben, que todo lo dicen, que todo lo publican, inapaces de guardar secreto alguno, impacientes por encontrar á algún conocido ó amigo sobre quien descargar sus noticias cuando las tienen, exageradores hasta la exageración, pesados como moscas, importunos, inconsiderados y hasta impolíticos, hombres-maquinas de hablar, por decirlo así, á quienes todo el mundo teme como á una tormenta y que nadie quisiera encontrar en su camino.

Tales sugetos, generalmente de temperamento sanguíneo, no suelen hacerse ricos por el trabajo, se les va el tiempo como al sastré que se quitaba el dedal para hablar. Se encuentran muchas variedades en el sexo femenino.

Pues bien; ese hablador que se dice amigo mio, parece que atisba la ocasión de verme de lejos ó de cerca para venir hácia mí y descargar una lluvia de apretones de manos, de saludos, de volpecitos (más bien de golpazos) en las espaldas, de preguntas, á que no me da tiempo de contestar, de noticias falsas ó ciertas, pero siempre ponderadas, de cuentos que no hacen al caso, de secretos echados ó voces, de confidencias que nada me importan, de consejos que me pide ó que me da, pero malísima la falta que hacen, de alabanzas de sí mismo y de toda su parentela, cuando no de vituperios ó insultos, de murmuraciones, de chismes ridículos é importunos; y todo esto con acompañamiento de voces, de gritos, de gestos, de cuchicheos, de carenjadas, aunque vayamos por la calle ó el paseo, y obligado de patadas, de frotamiento de manos, de palmadas, de puñetazos en la mesa, aun cuando estemos en el café; y lo que todavía es peor para mí, de fuertes manotazos en los hombros, en las piernas ó en los brazos, de significativos pitones y de pellizcos, habiendo llegado algunas veces hasta el extremo de desabrocharme mientras hablaba los botones del pantalón, de la levita ó del chaleco.

Con tan persuasiva elocuencia podrán VV. figurarse cómo me tendrá el tal individuo de amedrentado y harto; y en efecto, es tal el miedo que le tengo, que me escondo y huyo de él como de una mala noche, hasta tal punto, que tan pronto como le veo echo á correr en otra dirección; pero el maldito de Satanás parece un perro perseguido, me olfatea por todas partes, es mi sombra, mi pesadilla, mi ángel malo, y cuando menos lo pienso siento dos manos que viniendo por detrás me aprietan los ojos de modo que me hacen ver las estrellitas, aunque sea al medio día, y una voz que, cual si hiciera una gracia, me dice: ¡Quién soy yo?

El mismo demonio en persona respondería yo como San Miguel al ángel rebelde, si supiera que algo había de conseguir; pero eso solo conduciría á irritar su hilaridad y á contestarme: ¡Qué buenas cosas tienes!

Y aquí empieza el á disfrutar y yo á padecer; y á fé mia es aseguro á VV. que cuando acaba mi martirio, es decir, cuando él se despidió ó yo me lo quito, le encima me quedo tan rendido, tan fatigado, que solo tengo fuerzas para exclamar: ¡Gracias á Dios! ¡Jesús que hombre tan pesado! ¡Qué mosca! ¡Si me ha dejado más molido que si me hubiera dado una paliza!

Y ahora habrá alguno que diga: Pero un hombre que tiene esa facilidad de hablar, que posee el *don de la palabra*, que goza de tal afluencia, de tal fecundidad que jamás se le acaba la conversacion, que tiene esa fluidez, esa verbosidad que nunca se agota, debe ser una maravilla, una notabilidad. Distingo. Una notabilidad por el genio, niego, porque jamás el genio es tan hablador ni charlatán; una notabilidad entre los tormentos no usados por la Inquisición, ni descritos por Sanson *ancien bourreau de l'audience de Paris*, concedo; y para probarlo voy á revelar el secreto de su verbosidad, ó más bien de su habladería.

Esta consiste sencillamente en que su conversacion no tiene orden ni concierto, y sus transiciones son tan respectivas é imotivadas que, habla de todo, más sin acabar ninguna idea, que empieza por hablar de alta política y concluye por decir que aquel día ha despedido á la criada; de modo que si, por ejemplo, saca la conversacion de la pintura, le dice á V. que tuvo un tio pintor que fué muy desgraciado por intrigas, que tenia una mujer muy guapa, la cual le regaló á él una elegante petaca, que por cierto se la perdió el chico cuando tenia tres años, y se lamenta de que el pobrecito murió del sarampion por culpa del medico N., el cual era muy feo, pero que tenia muchos millones, y se casó con la sobrina del general B., cuyo padre había sido sastré; y ahora que hablamos de sastré, al otro día tiene que tomarse medida para que le hagan una levita, pues no tiene otra que la que lleva puesta.

Por esta tibia parodia se comprenderá la locuacidad de nuestro hombre, y tambien que de ese modo tiene tela cortada para hablar, no digo un día, sino aunque viviera por los siglos de los siglos.

Este es el tipo que, segun el vulgo, se llama hablador, charlatán, hombre cotorra, hombre que habla por los codos, y segun su expresion más general, hombre que habla más que un saca-muelas.

II.

Pero ese tipo que hemos procurado delinear, solo constituye una debilidad personalizada: ¿creerán VV. que el ser hablador es tambien una profesion? En la region de las humanas faltas está el hombre hablador; en la escala de los destinos humanos se halla el charlatán.

Si, señores, desde el humilde mozo que grita por las calles ó plazas peines y batidores de goma y jabones de olor, hasta el presumido saca-muelas de que nos habla el vulgo, y que se pasea á caballo por las poblaciones ó se anuncia en los periódicos, entran en la categoría que el pueblo ha dado en llamar con razon charlatanes, aunque nada nos diga de ellos el diccionario de la Academia Española.

Nos haríamos interminables y tal vez pecaríamos del mismo pecado que ridiculizamos, si hubieramos de hablar en detalle del que recorre los cafes con cajas de bisutería y quincalla, del que pondera sus navajas de afeitar y sus pastas para afeitarlas, del vendedor de ca-

denas de reló falsas, del que confía á todo el mundo el secreto de unos pañuelos que vende, juntamente con otras telas que dice ser de contrabando, y los compra en una tienda que ha quebrado ó no los puede vender; en una quita las manchas y va lleno de ellas; del que saca las muelas sin dolor (del que las saca al menos) del que al son del bombo, los platillos y un clarinete anda por la cuerda tirante, baila, voltea y hace voltear á toda su familia vestida de color de carne; hace volar á los niños enseñando á los niños, niñeras del que al son del tamboril enseña á los niños, niñeras del que al son del mundo por un agujero; del truhan que y soldados de una mesa, tres bolitas, otros tantos vasos, una caja con un huevo y algunas monedas de latón, hace juegos de manos, que el pueblo atribuye á magia, ó á brujos, cuando no á milagro ó pacto con el diablo; del que apaga con la lengua un hierro hecho áscua, ó levanta veinte arrobas con los cabellos; del que tras de una cortina enseña por un real, y cuatro cuartos los niños que soldados, á su mujer con cuatro robustos niños que tuvo de un parto y que el espectador contempla con la misma frialdad que si viese á los niños del limbo, ó porque siendo mujer tiene bigote, patillas ó barbas; y de otros mil y mil que hacen ó exponen sandeces ó barbaridades que serían largas de contar.

Por tanto dejemos á esa cáfila de embusteros ó embaucadores, y vengamos á la plazuela de Santa Cruz, Angel, Progreso, ó como se llame la del pueblo ó ciudad en que VV. vivan, y gocemos un rato en oír las mentiras, las exageraciones, y sobre todo la locuacidad de este charlatan que viene aquí.

III.

Este es un personaje ambulante sin casa ni hogar, que recorre todos los pueblos de España, especialmente las principales ciudades y capitales, habiendo estado alguna vez por casualidad ó de intento en el Extranjero. Esto en cuanto á los españoles, que generalmente son madrileños ó catalanes; que también vienen á España muchos que son extranjeros oriundos de las cinco partes del mundo.

Aquí está en medio de ese corrillo de hombres, mujeres y niños, que son en su mayor parte desocupados, curiosos transeúntes, no menos curiosas transeúntas, amas, niñeras, criados, soldados y pilluelos, que están colgados de la elocuente y persuasiva palabra del orador de calles y plazas, y al cual oven con la mayor atención, que se revela por su boca abierta.

Un mozo granuja, que lo deja ver por su exterior, le sirve de criado y es el encargado de hacer guardar el orden y de impedir que la gente se eche á dormir.

Atención, que va á hablar.

«Señores y señoras: tengo el honor de presentar á VV. la verdadera agua de S. A. el gran Sultan de la gran Persia, maravilloso é infalible remedio para todas las enfermedades de la boca. Señores y señoras, yo que en este momento tengo el honor de hablar á VV., no soy uno de esos parlanchines pegados para perder la virtud de tal ó cual agua, de tal ó cual espíritu, de tal ó cual extracto. No, señores, no; tampoco soy un rutinario cualquiera que pretende ganar su vida por las calles y plazas engañando al público, como decimos vulgarmente. No, señores, no soy eso que acabo de decir. Pues bien, dirán VV. ahora, ¿y quién es ese que nos dirige la palabra? ¡Ah! señores, yo se lo voy á decir á VV. en pocas palabras. *(Curiosidad del público.)* Yo he estudiado la carrera de cirujano ministrante en Barcelona, de allí pasé á Santiago, luego á Madrid y después á Valencia, donde tuve un célebre maestro que me había dado la vuelta alrededor del mundo, que había visitado por consiguiente las más notables capitales; como son: Lisboa, París, Londres, Roma, Nápoles, Venecia, Milán, Constantinopla, Bruselas, Munich, Hannover, Berna, Stokolmo, Copenhague, Berlin, San Petersburgo, Indostan, China, Indo-china, Pekin, Japon, Túnez, Marruecos y otras muchas que no digo por no cansar al amable é ilustrado público que me escucha. Este maestro, pues, á quien yo servía de mancebo y que me profesaba especial cariño, me llamó un día á su cuarto y me dijo: *(Gran interés en el público.)* Mira, tú me has servido como no me ha servido nadie en el mundo; y yo, que he hecho mi nombre y mi fortuna en medio del pueblo por las calles y las plazas de todo el mundo, quiero recompensar tus servicios dejándote en recuerdo la receta de una agua maravillosa para los males de la boca, que yo compuse y dediqué al gran Sultan de la gran Persia, el cual, como otros soberanos, la premió con una medalla de oro y un privilegio de invención. Y bien, señores, esa agua maravillosa é infalible, esa agua compuesta por mi célebre maestro, dedicada al gran sultan de la gran Persia, esa agua premiada por el mismo con una medalla de oro y un privilegio de invención, esa agua, cuyo único compositor tienen VV. delante, esa agua, cuyo secreto solo lo sabe uno en todo el mundo, y ese soy yo, esa agua notabilísima por todos conceptos es esta que VV. están viendo ahora, en este mismo momento, con sus propios ojos. *(Los espectadores la miran con admiración y respeto.)* Muchos que por no conocer esta agua preciosa se han entregado en manos de meros dentistas, que ni siquiera tienen noticia de ella, hubieran agradecido en aquel momento tener tres ó cuatro gotas de esta agua maravillosa, que les hubiera librado de los crueles padecimientos y dolorosas operaciones que ejecutan los que no conocen otro medio de curar la boca que la palanca, la llave inglesa ó la dentuza, que debiéramos ver desterradas. Pues bien, señores, ahora están VV. á tiempo; por ocho reales frasco grande y cuatro pequeño, tendrán VV. en su casa siempre, á todas horas, el remedio á mano; y si VV., ó su esposa, ó su niña, ó su niño, ó su criada, ó un pariente, ó un amigo, se ven atacados de un mal de la boca, VV. mismos, sin necesidad de médico, pueden administrar remedio tan precioso. Para esto basta solo una bolita de hilas ó de algodón en rama mojada en dicha agua preciosa introducida en la muela dañada ó cariada, con lo cual y en un instante desaparece el dolor como por encanto. Y esta maravillosa agua no solo quita el dolor de muelas, sino que también cura las úlceras, las inflamaciones de la boca, los accesos, los

flemones, las caries, matando el gusanillo, porque han de saber VV. que en la raíz de la muela existe un nervio y dentro de este nervio hay un gusanillo, que es el que produce el dolor cuando se irrita, y es preciso matarle para librarse de él. Ahora que VV., señores, conocen ya este agua que mi célebre maestro me dejó para recuerdo, voy á acabar en pocas palabras lo que me había propuesto decir á VV. Yo no soy, como se dice vulgarmente, un intruso, un parlanchin, un cualquiera que se mete á ponderar y vender por rutina; no, señores, no. Yo, según he tenido el honor de decir á VV., he hecho mis penosos estudios de cirujano ministrante, y vean VV. aquí los documentos que certifican, si es que alguno entre el ilustrado público duda de ello. *(Saca un legajo de papeles.)* Aquí están los papeles, aquí están las certificaciones, las notas de aprovechamiento, de aplicación y de buena conducta, aquí está el título de cirujano ministrante: que le examinen todos por sí alguno tiene duda de ello. *(Los pasa por delante de todos los espectadores.)* Aquí están las firmas de mis dignos profesores y los sellos de las universidades, que los examina todo el mundo, que los vean todos por sí hay quien crea que están falsificados. Pues bien, señores, VV. dirán: ¿y cómo un hombre con su carrera hecha recorre las calles y plazas? Sin duda será por el interés. No, señores, no. Yo, gracias á Dios, no tengo que ir mendigando el pan por las calles y plazas. *(El público le escucha conmovido.)* Gracias á Dios, no me veen tan triste caso, y en prueba de lo que digo, señores, yo no pido á nadie, yo no hago como otros que, después de hablar al ilustrado público, pasan una bandeja ó un sombrero para que pague ó recompense su trabajo; no, señores, no; yo recogería mis frascos y me retiraría en el instante en que uno de los espectadores echase ahí en medio una moneda de dos cuartos. Yo tengo miras más nobles, yo me dedico desinteresadamente al bien de la humanidad y del ilustrado público que me escucha; yo no obligo á nadie á que compre uno de mis frascos, que lo compre el que tenga necesidad ó voluntad. Por lo contrario, yo lo doy por nada, es decir, gratis y de balde al que no pueda comprarlo por ser pobre; además, yo quito el dolor sin interés alguno al que le tenga en este instante y no pueda pagar el frasco. Si hay alguno entre mis espectadores que padezca alguna enfermedad de la boca, que se presente en el momento y podrá testificar evidentemente lo que acabo de decir. ¿No hay nadie que padezca dolor de muelas ó algún mal de la boca? *(Silencio entre los espectadores.)* Nada, que lo diga, y en un segundo se lo quito. *(Sale de entre los espectadores uno con brazos de pillo ó borracho.)* ¡V. padece dolor de muelas? *(Signo afirmativo.)* ¿Le duele á V. ahora? *(Idem.)* Señores, á este caballero *(El público rie por lo de caballero.)* le duelen las muelas en este momento. Van VV. á presenciarse los prodigiosos efectos de esta agua maravillosa. Abra V. la boca *(La abre y le pone una bolita.)* Momentos de ansiedad en el público. ¿Le duele á V. *(Signo negativo.)* Señores, ya han presenciado VV. los efectos de esta agua maravillosa y la verdad de cuanto acabo de decir. El señor no puede comprar el frasco porque es pobre; no importa, el pobre también puede padecer de la boca, y no es justo que por su pobreza deje de gozar los efectos de esta agua maravillosa. Yo le doy el frasco gratis, como á todo pobre que se presente, y además una limosna, pues el pobre harto trabajo tiene con ser pobre. *(Le da el frasco y una pieza de dos cuartos; admiración del público; el hombre se resiste con cierto rubor, más por la limosna, que por el frasco; por fin lo toma á instancias del público.)* Ahora se va á pasar la bandeja por delante del ilustrado público para que tomen los señores que, habiendo presenciado los maravillosos efectos de esta preciosa agua, quieran, por el módico é insignificante precio de cuatro reales frasco pequeño y ocho grande, tener toda la vida un remedio infalible contra las enfermedades de la boca. *(Pasa la bandeja llena de frascos, y el crédito público agota á poco la bandeja con gran placer del charlatan, que la vuelve á llenar y á pasar una porción de veces.)*

Y ahora se marcha con la música á otra parte, y allí vuelve á decir ce por be su relación, que la sabe de corrido, y á repartir sus maravillosos frascos de la maravillosa agua del gran sultan de la gran Persia.

Y aquí también acabo yo, que se va haciendo largo este artículo y no quiero que me bauticen VV. con el nombre que lo encabeza.

IDEAS.

II.

El mundo es una mansión de constantes delicias, á juzgar por la general alegría de sus habitantes.

Ríe el niño, goza el joven, se distrae el anciano; los juegos, el amor, los gratos recuerdos, todo ello sirve para corroborar el contento universal.

Ya no hay Heráclitos; en cambio los Demócritos se han multiplicado de una manera tal, que quien no se presenta en sociedad con cara de pascua, está expuesto á que se le tilde de grosero.

Mi posición, mis disgustos domésticos, ú otra circunstancia cualquiera me impide manifestar una satisfacción interior que no siento; ya sé lo que me corresponde hacer: hablar conmigo mismo, enjugarme las lágrimas sin que nadie lo vea, y proponerme medios para aliviar mi desgracia: porque de lo contrario, lo menos que me puede suceder es entablar el siguiente diálogo:

—¿Está V. de mal humor?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por esto.

—Hombre, no sea V. tonto, pues si á mí me sucede esto otro, y sin embargo estoy como unas castañuelas.

Es decir, que porque tengo la franqueza de demostrar un disgusto, me llaman tonto y me advierten que eso no se hace.

El equilibrio del mundo estriba sin duda alguna en

la cara de sus habitantes; luego la fisonomía de las personas es el reflejo de la dicha universal.

Si son ciertas tales proposiciones, hay que manifestar ingenuamente la equivocación padecida al llamar valle de lágrimas al que lo es amenísimo de goces.

¿Han visto VV. llorar mucha gente por la calle?

De seguro que no; si alguna vez se asoman las traidoras lágrimas al balcón de los ojos de un desgraciado, el público le mira, le admira y continúa su camino, después que tan particular escena le ha hecho pensar del siguiente modo:

¿Qué cosa tan rara! Llorar, cuando aquí todos reimos.

El público tiene el don de no equivocarse á menudo; pero el desgraciado puede acomodarse un refrán castellano á la sorpresa del público y á su situación excepcional, y parodiándolo decir:

«Mal de pocos, consuelo de sabios.»

Con saber que estos pocos nunca llegarán á ser muchos, porque contados son los que quieren arrostrar el ridículo ante sus semejantes, dicho está que tampoco esos sabios llegarán á ser tontos.

Una mala apreciación por orden natural de cosas, no conduce á buenos resultados.

Se dice que mal de muchos, consuelo de tontos.

Luego... el desgraciado continuará llorando, y el público pesará esas lágrimas en la balanza de su buen criterio, cuyo valor es inmenso, siempre que no medien exigencias de relumbrón ni deseos de ocultar lo que no puede ocultarse.

Tanto el reír como el llorar sin tener ganas, es bastante difícil; pero lo primero se puede hacer con más facilidad que lo segundo.

Unida la difícil facilidad de la risa á la obligación impuesta de tenerla hasta en los actos más graves, la explicación del universal contento queda hecha desde luego.

Es la hipocresía inocente casi siempre, puesta en práctica por la facilidad y la obligación.

Sin embargo, hay risas que pasan como nube de verano y que merecen un correctivo.

Un tullido, un cojo que hace contorsiones al andar, un bisojo que pone la cara bastante desfigurada á fin de apreciar mejor los objetos, generalmente inspiran la risa de las personas que les observan.

Don Juan Ruiz de Alarcón dice en una de sus comedias:

«En el hombre no has de ver la hermosura y gentileza; su hermosura es la nobleza, su gentileza el saber.»

Verdad es que don Juan Ruiz de Alarcón era un gran poeta, y sus preciosas comedias han pasado á la posteridad como joyas literarias de mucho valor, pese al público de su época, que le silbaba razonablemente porque la jiba de su cuerpo no le impedía tener un alma elevada y esplanar sublimes pensamientos.

Los que se burlan de ajenas desgracias son dignos de compasión por olvidar, siquiera sea momentáneamente, que la caridad en la tierra premia Dios con la grandeza propia del que todo lo puede, es decir, con el reino de los cielos.

Seamos, pues, caritativos, no solo porque debemos serlo, sino por el inefable bien que nos reporta el tener una virtud tan sacrosanta.

Los eminentes tribunos, grandes conquistadores y consumados artistas, adquieren justa fama; pero la verdadera gloria pertenece exclusivamente á los que practican la virtud.

FRUTOS DEL DESENGAÑO.

CASCABELES.

Todos los periódicos ministeriales, que son diarios y de gran tamaño, pagan menos por derechos de timbre que El Cascabel.

Ergo, tienen menos lectores que El Cascabel.

Ergo, la opinión pública apoya al ministerio, ¿no es verdad?

¡Bonito ministerio por cierto el que tiene unos cuantos periódicos que canten sus alabanzas, y no tiene quien las quiera oír cantar!

Dice un periódico que el otro día, después de maltratar horriblemente á un caballo que cayó en la calle de Alcalá y no podía levantarse, lo ahorcaron algunos hombres, prolongando cruelmente la agonía del noble animal.

Pues el domingo unos pillos llevaban arrastrando á un pobre perro con intención de ahorcarlo también.

Si representantes de la autoridad ven estos alardes de barbarie y no los evitan, tendremos que compadecernos, porque será señal de que no tienen buen corazón.

¿Por qué no se castiga á los que maltratan con tal saña á los animales inofensivos?

¿Es bonito espectáculo ver á un cochero descargar palos en la cabeza de un caballo? Pues eso se ve todos los días, en todos los sitios; y si alguno se irrita de ver tan bárbaro castigo, tiene que reprimirse y no reprender al verdugo, por temor de que esté le descargue un golpe y alguien se ria de quien sale á la defensa de un animal.

El que maltrata á un animal y se goza en su martirio no es bueno, no tiene alma generosa, y se le debe castigar, para que siquiera por miedo al castigo reprima sus malos instintos.

Bueno fuera que la autoridad municipal tomase alguna disposición para evitar esas crueldades.

Dios creó también esos nobles animales, tan útiles y tan fieles y agradecidos al hombre, y no los creó seguramente para que los tratemos tal vil é inicuamente.

El Cascabel ha tenido el gusto de pagar en el mes de Mayo último, por timbre de seis números que ha

publicado, 2,227 reales con 20 céntimos, colocándose en la lista delante de 24 periódicos, de los cuales 20 son diarios y de gran tamaño.

El CASCABEL es, como claramente se ve, el periódico que más circulación tiene hoy en España, pues aun que en la lista del timbre ocupa el undécimo lugar, h- de considerarse que los periódicos que le preceden son diarios, con papel de gran tamaño y peso, y algunos como *La Iberia*, *La Democracia* y algún otro hacen dos ediciones, una grande y otra pequeña.

En las populosas ciudades de Francia, y muy especialmente en París, cuida la policía de que no se paren en las aceras los amigos ó enemigos que se encuentran, formando corrillos que embarazan el paso á los diligentes transeuntes. Aconsejamos la importacion de tan excelente moda, y esperamos que la autoridad ha de adoptarla sin repugnancia, toda vez que no proponemos ninguna medida de progreso. Párense en buen hora los que quieran; eso no es malo; el Gobierno se para también, cuando no anda hácia atrás; y hay quien en letra de molde le dice: ¡*Brabot* (*Breva*.) Párense, repetimos, en mal hora; pero vayan á pararse allá en medio del arroyo, y dejen libre el paso á los que caminamos hácia adelante.

Solucion de la charadita y del logogrifo del número anterior.

Desde Pascua hasta San Juan diez y nueve dias van; ese es el plazo que doy á la cámara de hoy.

La Señora de siempre.

El CASCABEL está muy agradecido á los que le dan una importancia que, francamente, no pretende merecer El CASCABEL.

Figúrense VV. que El CASCABEL, periódico semanal, acaba de pagar por la contribucion del cuarto trimestre de este año 537 reales nada ménos; es decir, tanto como un periódico diario, y ya le amenaza otra contribucion por la imprenta que El CASCABEL ha puesto en uso de su derecho. No pretendemos no pagar contribucion por este concepto; pero ¿cómo se explican VV. que El CASCABEL, que tiene una imprenta muy reducida, con una máquina, pague más contribucion que otras imprentas surtidas abundantemente y con tres ó cuatro máquinas?... Pues así lo han resuelto, según nos dicen, los señores impresores repartidores de la tal contribucion. ¿Dónde están la equidad y la justicia? ¿Dónde se han refugiado estas dos preciosas garantías de la sociedad?...

Gracias, señores impresores...

Solucion del geroglífico del número anterior.

La mujer honrada corona es de su marido; mas la mala, como carcoma en sus huesos.

(De Salomon nada ménos.)

El señor Gutierrez de la Vega ha tenido la bondad de remitirnos el tomo primero de la Biblioteca de Dramáticos griegos, publicada por su iniciativa y bajo su proteccion, y traducida en prosa castellana por don Eduardo Mier.

El tomo primero contiene las tragedias de Eurípides. El señor Gutierrez de la Vega presta un gran servicio á la literatura publicando en castellano las obras de los dramáticos griegos, que á pocos les era dado conocer hasta ahora, y nos complacemos en felicitarle por su buen pensamiento.

Damos las gracias al señor baron de Andilla, que ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar del delicioso libro que, con el título de *El consejero de la infancia*, ha escrito para educacion primaria. El señor don Antonio Cabanilles, cuyo es el prólogo, lo recomienda diciendo que «la obra que hoy publica el señor Baron es un servicio más hecho á la juventud.» Nosotros tambien lo hemos leído con sabor, y creemos dárselo á nuestros suscritores, exhibiendo, para dar al mismo tiempo idea del libro, algunas de sus profundas máximas.

Hélas aquí:

El que mucho blasona de valiente, suele serlo de pico solamente.

Vacuna al hijo tierno en su lantancia, y haz le confirmen en la tierna infancia.

¿Qué devocion tendrá la señorita que lleva al santo templo la perrita?

Al levantar la ropa sobre el lodo, cuida de estar honesta sobre todo.

No imites á coquetas más de cuatro, que á no ver la funcion van al teatro.

Con sus chismes molesta el embustero: luego ha de ser el fino verdadero.

A nadie llares flaco, que por eso no ha de ponerse, á la verdad, más grueso.

Si alguien va en pos de tí, no es accion fina dejarle caer encima una cortina.

Aunque oyeres alguna patochada, abstente de soltar la risotada.

Ofrece siempre el brazo donde quiera á la dama de más edad y esfera.

No estés junto á las damas como un poste, ni entres sin decir oste ni moste.

Niña en la iglesia tu cabeza tapa, San Lino lo ordenó, segundo Papa.

Quien entre amigos su cigarro saca, debe ofrecer al punto su petaca.

No dejes al comer muy limpio el plato, porque el lamerlo queda para el gato.

No os quemeis, al comer, los paladares, ni soplando enfrieis nunca manjares.

No pares sin gran causa á superiores, ni á damas respetables echés flores.

Si en la calle haces aguas, la conciencia y urbanidad prescriben la decencia.

Para concluir, diremos que el libro que contiene estas profundas elegantes máximas ha sido declarado de texto para las escuelas, con lo cual es ya excusado todo elogio.

Teatro ministerial.

Hoy no hay funcion, para dar lugar á los ensayos de la comedia de magia en 130,000 actos, titulada *Billet-s hipotecarios*, obra del señor *Economi-Castro*, y el divertido sainete escrito por ocho plumas y media, intitulado *El té danzante*.

Entrada general, gratis á todos los contribuyentes, por ser pobres.

Habra una escogida música ministerial.

Parte sanitario.

Sigue el tiempo tenazmente revuelto.

La atmósfera pesada, acre, irrespirable, como si estuviera saturada de humo.

El calor inflama la sangre, y sale á la superficie en erupciones alarmantes.

En el número próximo publicaremos charada y logogrifo, y entre otras cosas un *Salto del caballo*, para que lo descifren nuestros lectores.

Boletin religioso.

Santo del dia, San-Son... (lo que yo sé.)

No se puede comer carne, ni pescado, ni pan, porque... es dia de vigilia para los contribuyentes.

Santo de mañana, San CASCABEL.

Gala con uniforme, porque... porque sí.

Última hora.

No ha sonado todavía la del ministerio.

Aludiendo á su cuñado Murat, que era el *primer oficial de caballería del mundo*, cuando ejecutaba órdenes, y nulo enteramente abandonado á su propia iniciativa, decía Napoleon: No concibo cómo un hombre tan bravo puede ser tan cobarde. Y al ver la ceguera del Brabo de este ministerio, dice El CASCABEL: ¿Cómo diablos ve tan poco ua Brabo que ve tanto?

R. I. P. El señor Benavides, ministro de Estado, ha pasado á mejor vida, politicamente hablando. Como esperábamos recibir nueve sentimientos á la vez, no nos ha causado mucha impresion una desgracia sola, por más que sea sensibilísima la gran pérdida del *Estado* del señor Benavides.

Por fin se realizó *felizmente* la ruinosa operacion de los billetes hipotecarios. Los hombres de *Los Tiempos* están tan satisfechos como si fueran para ellos los millones. Con su pan se lo coman, como se dice vulgarmente: nosotros no entendemos de loterías.

Dícese, no sabemos con qué fundamento, que el señor don Martin Belda va á publicar un bando prescribiendo á todos los barberos no dejen pelo en cara de barbudo, para que no se asuste otra vez Ibrahim Lincoln.

El Pensamiento Español no está contento aun con este Gobierno. ¿Qué diablos le falta al tal Gobierno para ser al gusto de *El Pensamiento*? Autillos de fe sin duda para quemar á los malos pensadores. Por nuestra parte nos asociamos con gusto á los igneos deseos del colega, toda vez que no nos quemem más que el... *Pensamiento*.

El diputado de la mayoría á quien se haya extrañado una orden del comité directivo para asistir al Congreso, podrá reivindicarla en este CASCABEL, si no quiere llegar con retraso á la votacion.

Hemos oido decir que el general Narvaez se partirá un dia de estos á los baños que más le convengan, encargándose interinamente de la presidencia del consejo el señor don Leopoldo O'Donnell, ó acaso el señor don Juan Prim. La verdad en su lugar; nosotros no entendemos de política.

No hay duda que *Los Tiempos* es un periódico malo, MALO, MALO; y sin embargo, es un *Guirigay* de muchísimo talento. Oídmelo decir y recordado luego. Suponed (es una hipótesis), suponed que cae Sanson con todos sus Gonzalez Brabos, como quien dice filisteos; suponed que constituyen situacion los progresistas, más, los demócratas; más aun, los socialistas. Pues ya vereis cómo Ibrahim Claret se acocje á *Los Tiempos*, y *Los Tiempos* seguirán siendo *Los Tiempos*. Y á *Los Tiempos* damos por testigos.

Un periódico ministerial ha pronunciado por el se-

ñor Orovio un brillantísimo discurso en el Paraninfo de la Universidad, con motivo de la inauguracion de la *Sociedad* antropológica. Como nosotros estimamos tanto todo lo bueno, creemos justo regalarle, y desde luego le regalamos este CASCABEL, y así matamos dos pájaros de un tiro.

Creemos que el señor Director de Correos, á quien como funcionario recomienda su espíritu ilustrado y reformador, ha de acoger benévolutamente la observacion que confiadamente sometemos á su buen juicio. Sabido es que en España apenas puede sostenerse una publicacion periódica, no por falta de aficion, sino de recursos en los lectores de provincia. La primera cualidad de toda suscripcion ha de ser, pues, la baratura. Pero en vano harán las empresas la rebaja de precio que les permita su buen deseo; el precio del periódico volverá á crecer en provincias con el cuarto del cartero. ¿No pudiera hacerse esta ventajosa supresion igualando ovenciones de aquellos con las de los carteros de esta córte?

Llamamos otra vez más la atencion del digno jefe del ramo sobre esta reforma y nos atrevemos á suplicarle se sirva adoptarla, no por favorecer las empresas periodísticas, sino para ensanchar el hoy estrecho círculo de lectores, y como inmediato resultado, la esfera de ilustracion del público.

MÁXIMAS,

Se queja el hombre de Dios cuando le sobreviene algún mal, y no mira que es él la causa.

El que insulta al pobre, insulta al Criador.

El fanático ultraja á Dios, porque no fia en su misericordia.

Los que buscan el deleite con avidez, concluyen por no encontrarlo.

El trabajo es el padre de la salud.

El egoismo suele ser la perdicion de muchos sábios.

La obediencia es la base de la civilizacion.

El dinero mancha las manos del ambicioso.

El esclavo es semejante al perro que se arrastra á los piés del que le mantiene.

Matar á un amigo, es matarse á sí mismo.

El que desea la muerte es un desgraciado, el que la busca un loco, y el que se le da digno de desprecio.

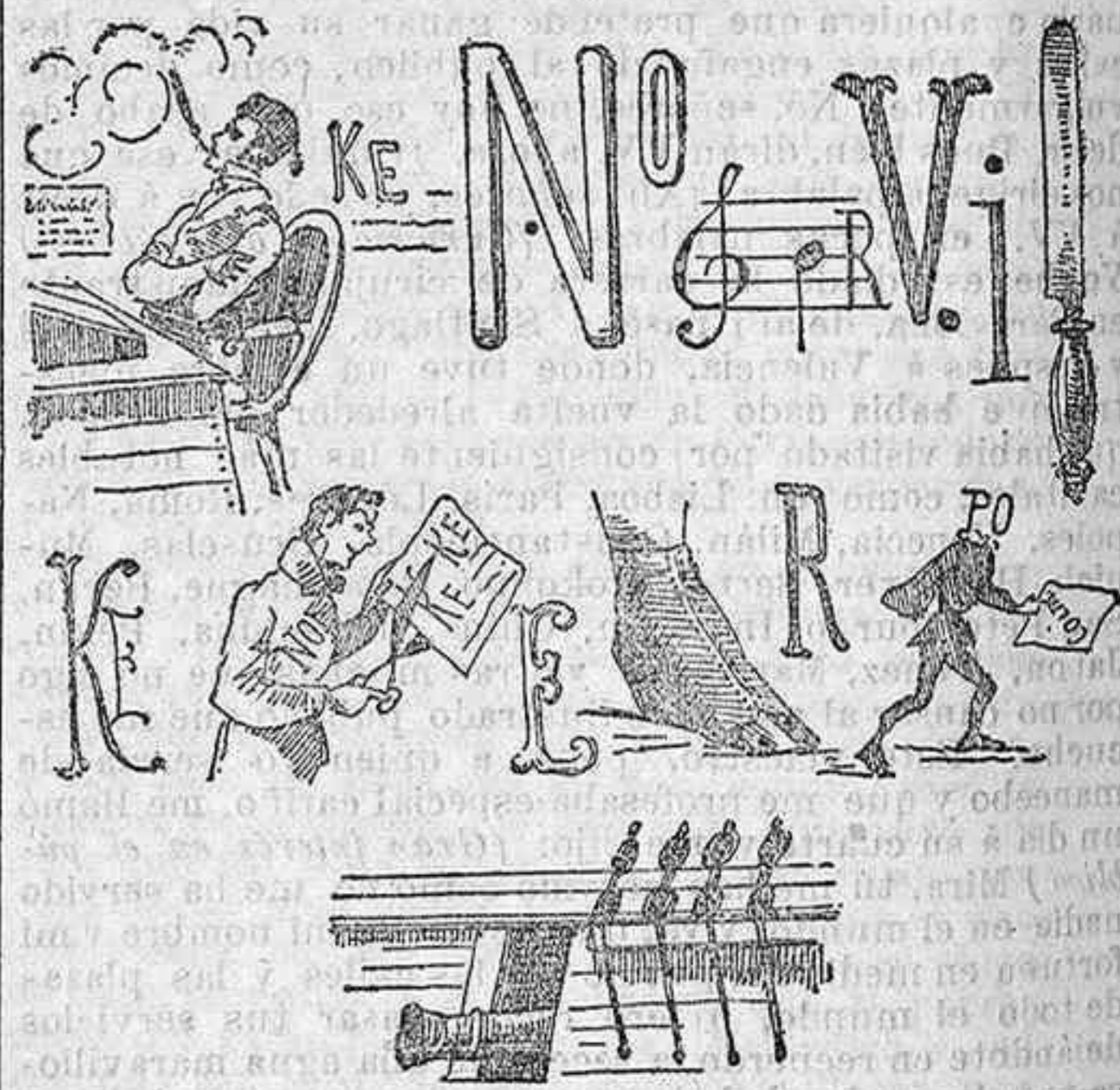
La mujer de vida licenciosa es un buque abandonado á la tempestad.

El pobre siempre piensa en Dios, el rico, solo en sus necesidades.

La vida del placer material concluye siempre por el dolor.

La hipocresía es un áspid venenoso que, oculto en la fresca yerba, mata al inocente que logra seducir.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

Desengaños de Don Ramon.—Impresiones de un Diarista en Madrid, por *Jeremias*.—Se vende á 2 rs. en la Administracion de El CASCABEL, Calle de los Caños, número 4.—Se remite á provincias á las personas que envíen cinco sellos de á cuatro cuartos.

Poesias dedicadas á S. M. la Reina, al ceder á la Nacion la mayor parte de su Real patrimonio.—Se vende á 6 reales en las principales librerías.

LA EDIFICADORA.

Sociedad regular colectiva, registrada en el Gobierno civil, previa aprobacion del Tribunal del Comercio de esta córte.—Fianza administrativa, 5.000,000 de rs., según la base 16 de sus estatutos.—Admite imposiciones desde 100 rs., con interés fijo de 9 á 18 por 100.—Paga los intereses mensualmente, ó se acumulan al capital, según la conveniencia de los impositores.—Emplea el importe de las imposiciones en construir casas, por subasta, en solares de su propiedad, en Madrid, en las provincias y en el Extranjero, para venderlas á plazos, tambien por subasta.—*Director y Administrador general:* D. Angel Hernan, comerciante, capitalista y propietario.—*Director facultativo:* D. Leopoldo Z. Lopez, arquitecto de la Real Academia de San Fernando, y de la Beneficencia municipal de Madrid.—El Consejo de vigilancia será elegido de entre los cuarenta primeros imponentes de Madrid, á quienes se citará para la reunion conveniente.—Oficinas generales: Madrid, Fuencarral, 12, principal.—Representantes en provincias y en el Extranjero.

Por lo contenido en este número, **F. Perezagua.**

Editor responsable, **D. Diego Mendez.**

MADRID: 1865.—Imprenta de **El Cascabel,**

Á CARGO DE M. BERNARDINO,

calle de los Caños, número 4, bajo.